

---

## LAS SEMANAS (I) \*

### ANTONIO Y MANUEL MACHADO

#### LA SEMANA, X

Los que tienen vergüenza.—Patentes sin contribución.—El pan nuestro.—Aristócratas.—Música.—Un pelardo.—En Madrid.

Todo el mundo se queja. Unos con razón y otros sin ella, pero entre los que la tienen y entre los que dejan de tenerla, están armando la primer algazara.

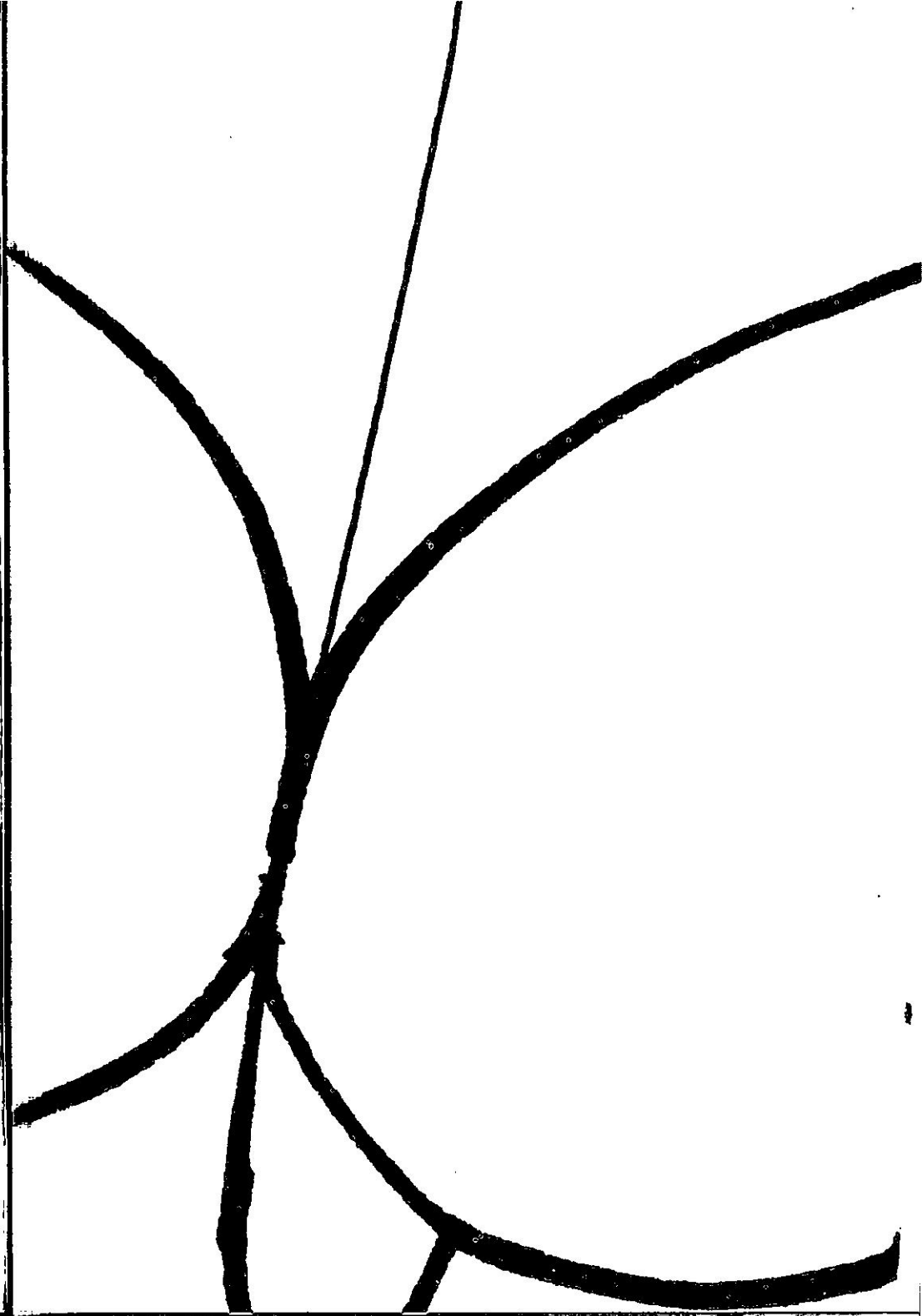
La paz está reñida con los fusionistas. Y sobre todo con Gamazo. Ahora se atreve a criticar su conducta, en lo que respecta a la contribución de carruajes, uno que tiene coche y vergüenza. ¿Quién será el feliz ciudadano que en esos tiempos *gasta* esos lujos? Sobre todo el del coche. En fin, sea el que fuere, ello es que se queja de la orden referente a precintar los carruajes que no estén destinados al uso, para evitar la defraudación del contribuyente, y juzga el impuesto de coches de tal manera *impuesto*, una contribución del decoro de las clases acomodadas.

No para aquí la cosa. Sino que otro sujeto que tiene máquinas y vergüenza le quita la razón al que tiene coche, fundándose en que si para éste es depresivo el precintar los vehículos, también lo es para él precintar las máquinas.

A la generalidad de los españoles no nos tendrán que precintar ninguno de esos artículos, y por lo tanto allá se las hayan los afortunados y dignos maquinistas y los encopetados y *arrastrados* seres que tienen coche y vergüenza, entre los cuales está Gamazo.

\* \* \*

¿Y qué me dicen ustedes de las patentes de alcoholes? De seguro me dirán que se les han subido a la cabeza de tanto nombrarlas. Y a



propósito. Hay una clase de patentes de alcoholes que no pagan contribución debiendo pagarla. Me refiero a los alcoholizados, ajumados, borrachos, o pítimas como ustedes gusten llamarles. A esa respetabilísima clase de individuos que andan de timba en timba, de tumbo en tumbo y de tunda en tunda todo el santo día. A esos ciudadanos que recorren, beodos la corte y sus arrabales exhibiéndose como una patente de alcohol a todos los delegados de la autoridad y a todos los que tienen la desgracia de encontrárselos.

¿Qué más patente de alcohol que el sereno de mi barrio que nunca está sereno?

Pues ahí le tienen ustedes —es decir, aquí, en mi calle le tienen ustedes—, con el chuzo roto, el farol apagado, sin llaves en el cinto y con una arroba de vino en el cuerpo. Y sin embargo, no sólo se ve libre del pago de contribución alcohólica, sino que a veces sale de la tasca sin pagar al tabernero el precio del mosto bebido.

\* \* \*

El pan nuestro de cada día va siendo de peor calidad y de menos peso.

Entre buenas manos está el pandero, o por mejor decir, entre buenas pezuñas está la harina. Y eso que esta es harina de otro costal.

Pero ahora resultan malos todos los costales.

Los que han conocido la calidad de los panecillos han sido nuestros guardias de inseguridad.

En la calle de San Mateo se liaron a sablazos con los panaderos y éstos se defendieron a francesilla limpia.

El pan anduvo por los aires durante largo rato y hubo rosca que está haciendo que se rasque aún algún guardia municipal, y libreta que hizo brotar más de una libra de sangre por las narices de un agente de policía.

Ello es que los municipales dijeron en el Municipio:

—El pan se ve que es duro, pero lo que es falta de peso no lo está.

Y tenían razón los del desorden.

\* \* \*

Una baronesa alemana y un príncipe ruso, han sido detenidos en la estación de San Sebastián en el momento de tomar asiento en un vagón de tercera.

El dicen que estaba hipnotizado. Yo creo que lo que estaba era oln un real. Porque ¿a qué príncipe ruso se le ocurre viajar en tercera? Ni aún siendo amigo de Gamazo.

Pero volviendo a la encofetada pareja, debo decir, que él ingresó on el Hospital y que ella fue conducida a la cárcel por la falsedad de unos documentos que presentó al juez de guardia y por haber cometido una estafa en una casa de huéspedes.

\* \* \*

Tengo el gusto de participar a ustedes que D. Venancio González ha estado en Tembleque y en Villacañas. El hombre estuvo visitando los silos y hablando de las inundaciones.

Ha ido con el propósito de construir un barrio, con unas casas muy bonitas, de un solo piso, con patio y cuadra. Menos mal que se ocupa de los animales.

Dentro de breves días regresará a Madrid a reunirse con sus compañeros de Gabinete.

Ya podemos estar tranquilos.

\* \* \*

¿Con qué ustedes no han sentido la necesidad imperiosa, la absoluta necesidad e imprescindible de que nuestro ejército tenga tambores?

¿No?

¡Pues yo sí! Y no me tachen ustedes de ministerial; pero la vordad, a mí me parece gran idea esa de los redoblantes, la mejor que oscapó de la mollera de López Domínguez.

¡Caramba! y será un primor el ver a nuestros soldados por esas calles formados tocándonos el tambor.

¡Plán. Rataplán!... ¡Ya verán que chusco y qué bien que sienta! Y cuando te pasen la cuenta!...

¡Plán! ¡Rataplán! ¡Rataplán!

\* \* \*

Pero es el caso que mientras los soldados tienen la suerte de que se les agasaje con música o por lo menos con que hacerla, a los generales no les va tan bien.

Y véase la clase.

A D. Arsenio Martínez, Campos le han dando, por desgracia, un gran linternazo los petardistas de Barcelona. El Sr. Castelví, también general, participó también de la explosión de los petardos dedicados a su jefe. Otro tanto le ocurrió al Sr. Clemente, y al general Molíns estuvo a punto de acontecerle lo mismo:

Bien podemos sostener por tanto que en «generales» están las cosas tan mal que peor no puede ser.

Afortunadamente ninguno de los heridos reviste gravedad, y en cuanto a D. Arsenio él mismo da cuenta a Sagasta del estado de su salud en un telegrama,

Que es un despacho notable y chuaco y hasta guasón en que el general afirma dando prueba de valor que ha sido una «raspadura» la herida de que se habló y que, a no ser por el golpe no sentiría dolor.

\* \* \*

En cuanto a nosotros, los que habitamos la villa del oso, no lo pasamos del todo mal y aún podemos decir que estamos de enhorabuena, porque aparte de que el mejor día nos hundimos por obra y gracia del alcantarillado en combinación con las cañerías de agua, y haciendo caso omiso de la cuestión de impuestos, al par que de las patentes, las enfermedades, los turbiones, etc., todo lo demás va bien, y en punto a honores y grandezas ¿qué más pediremos, cuando la Corte se ha venido ya con nosotros, abandonando el palacio de Miramar por el de Mira la Plaza de Oriente?

¡Vamos, que era cosa de ser felices!

TABLANTE

(La caricatura, n. 63, 1-X-1893).

## LA SEMANA, XI

La caída de Sagasta.—La bella chiquita.—Indiferencia.—Historia.

El actual presidente del Consejo de ministros que, según afirma, *El Liberal*, tiene la añeja costumbre de dar un buen paseo todas las tardes, costumbre que sólo interrumpe cuando le abrumen los deberes del Gobierno o cuando se lo impide el mal tiempo creyendo cumplidos los primeros y halagado por el sol de una espléndida tarde, salió hace días a dar una vuelta en coche, dirigiéndose a las alturas del hipódromo.

Ya en estas alturas, se apeó del carruaje con el propósito de ejercitar sus piernas andando, y tuvo la maldita idea de apoyar su bastón sobre una piedra por la que resbaló aquel, cayendo al suelo por su propio peso D. Práxedes Mateo Sagasta.

La casualidad produjo la caída del jefe de los fusionistas:

¡Qué triste augurio! ¡Cómo se le ha eclipsado su buena estrella!

Va a San Sebastián y le reciben a pedradas y entra en Madrid con un mal pié que se le disloca el derecho y se fractura el peroné del mismo lado.

Y gracias a que la ocurrencia fue próxima a la casilla de un guarda y allí pudieron sentar a D. Mateo en una silla los Sres. Laá y Puebla que le acompañaban, y gracias a que allí mismo el guarda tenía una manta con la que cubrió al jefe del Gobierno.

Unos cuantos conservadores que pasaban en aquel momento junto a la citada casita y que vieron salir tan abrigado al Sr. Sagasta, volvieron al centro de Madrid asegurando que habían contemplado con sus propios ojos el *manteamiento* de D. Práxedes. En cambio a otros cuantos ministeriales que presenciaron la escena no se les ocurrió otra cosa sino decir al Sr. Laá que sujetaba la manta: —¡Tapa! ¡Tapa!

La familia real muestra un vivísimo interés por la salud del ilustre enfermo. Nada más lógico. El paciente sufrió agudísimos dolores y ha estado muy débil. Los médicos que le asisten tuvieron necesidad de humedecerle el apósito repetidas veces y no menudearon más esta operación por lo propenso que está Sagasta a padecer entramientos. Éste, no obstante, viendo el temor de los facultativos, les animó diciéndoles:

—«Amigos míos: Baza mayor, quita menor; venga el agua fría y no se preocupen ustedes de si vendrá o no vendrá el enfriamiento.»

Palabras que traen a la memoria involuntariamente las que dirá a sus compañeros en la oposición:

—«Amigos; venga el poder y no nos preocupemos de lo que pueda venir.»

En fin, afortunadamente, la caída ha sido debida a la casualidad. A nadie puede culparse.

¡Designios de la Providencial!

La Bella Chiquita ha armado en Valencia un escándalo monumental.

—No se puede ser bello, —me decía un chato hace días. Cada valenciano se ha convertido en un padre de familia y

cuando empezó la chiquita  
a bailar la Bayadera,  
y al movimiento del vientre  
añadió el de las caderas,

bailaron hasta las sillas del teatro, los bastones de los espectadores y los abanicos de las espectadoras; todo fue por los aires. Y para que nada faltase tuvieron que intervenir en la *danza* los agentes de orden público. Y esta *danza* no fue de vientre ni de caderas sino de keplis, de sables, de piernas y de linternazos. Aquello fue un galope infernal.

La pudorosa ciudad del Turia es una inmensa congregación de padres de familia y de familia sin padres:

En lo que no puedo estar conforme con *El Liberal* es en que el público permaneció frío después del baile. Y no estoy conforme porque en Valencia hace bastante calor a fines de septiembre, y mucho más calor en un teatro lleno de espectadores y muchísimo más calor después de haberse contoneado la Bella Chiquita.

¡Cualquiera siente frialdades después de ver un movimiento de caderas! Lo que siente uno es gana de *jaleo* y por eso lo armaron los valencianos.

Como lo hubieran armado los rusos a pesar de sus capotes y de su temperamento glacial, y Castelar a pesar de sus miramientos.

★ ★ ★

La verdad es que estamos en unos días en que no ocurre nada notable ni extraordinario que se preste a los comentarios y disquisiciones de costumbre. Nada que perturbe la marcha natural de los acontecimientos ni consiga impresionarnos por uno u otro modo.

Verdades que hay en esto, por nuestra parte, mucha dificultad



para dejarnos impresionar, o mejor, mucho cansancio de las terribles sensaciones recibidas aún no hace muchos días, con más de que aquí, y en fuerza de costumbre, no nos alborotamos por cualquier cosa. Quiere decirse que ni los sucesos de la semana, ni las reformas políticas, ni el abandono de los servicios, ni las irregularidades administrativas etc., etc. (cada etcétera de estos representa una serie de atrocidades de a folio) consiguen sacarnos de nuestras casillas y que el que más y el que menos, con andar en busca de la peseta reglamentaria, no se ocupa de más ni se le da un ardite de cuanto pasa alrededor suyo si no es algo que le toca y atañe personalmente.

Por eso digo y repito, que como no se hundan por ahí un par de provincias o no asome Gamazo la oreja de economista, como no ocurra, en fin, una barbaridad muy gorda, que venga a trastornar profundamente nuestra sesuda indiferencia, habrá que perder toda esperanza de animación y de bullicio, sin la cual yaceremos los españoles en el más profundo aburrimiento, y sino viene el cólera vendrá el esplén o esplín a acabar con nosotros, hartos de tranquilidad y de cocido, cuando Dios sea servido de llamarnos al otro mundo.

\* \* \*

Pero no hay que apurarse por eso, no señor; por que, si a nosotros no nos ocurre nada de particular, ahí están dos rusos (por cierto que nos no vienen mal ahora que entra el frío), que se traen consigo toda una historia de percances más que notables: el príncipe *Van* no sé qué y la baronesa *Van* no sé cuantos, que a pesar de su elevada alcurnia parece que no van muy allá en materia de recursos, y que apenas llegados a nuestro país han dado en el Hospital y en la cárcel; respectivamente, con sus molidos y asendereados cuerpos.

Inútil es decir por qué, ya lo sabrán ustedes, o  
*se lo han figurao*

como decía Menegilda, que ella y él están unidos por el dulce y apretado lazo del amor.

\* \* \*

Y a propósito de Menegilda. ¿No saben ustedes lo que le ha ocurrido al maestro Chueca hace pocos días? ¡Pues es chistoso!

Unos *ratas* le sustrajeron la cartera con sesenta duros que llevaba dentro. (Lo cual no tiene nada de raro).

Pero lo notable fué, que apenas conocieron los tales *ratas* quien

era el dueño de la cartera, se la devolvieron intacta, con los sesenta duros y cinco más que pusieron de su cosecha, rogando al maestro que los aceptara en memoria de ellos, y como muestra de gratitud por la famosa jota de *La Gran Vía*.

Esto, al menos, relataba hace poco *El Liberal*, si es verdad o es una broma no me atrevo a asegurar, que pudiera ser mentira y pudiera ser verdad. ...Aunque por muchas razones bien se puede aventurar, que, tratándose de un músico, será *música* no más.

TABLANTE DE RICAMONTE  
(*La Caricatura*, nº 64, 8-X-1893)

\* Esta recopilación de textos ha sido realizada por Julio R. Puértolas y Gerardo Pérez (véase LA PLUMA n.º 3).